

# LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

ADVERTENCIA.

*En vista de la buena acogida que ha tenido este periódico y de ser crecidísimo el número de suscritores que nos favorecen, es razon que, con la voluntad á nosotros posible, les manifestemos agradecimiento, haciendo á aquel mas estenso é interesante. Asi pues, constará LA AUREOLA, desde el próximo Enero, de dos pliegos de impresion, destinando no pequeña parte para copiar los artículos mas selectos de los periódicos de esta clase que se publican en el reino. Cada trimestre se repartirá una elegante cubierta para formar el tomo respectivo.*

*Constante la empresa de LA AUREOLA en llevar á cabo sus proyectos de mejoras sin perjudicar al público que acoge sus trabajos como nunca hubiera ella acertado á desear, deja el mismo precio de suscripcion, y promete para mas adelante reformar y enriquecer la parte tipográfica, como asimismo dar cada mes una lámina perfectamente litografiada representando los edificios mas notables de Cádiz, luego que se obvian las muchas dificultades que para ello se presentan.*

## EL HOMBRE.

Los hombres nacen, crecen y mueren, sin recordar lo pasado, sin pensar en el porvenir, lleno aquel de lecciones y desengaños, henchido éste de ilusiones: de este modo pasan la vida; una nueva generacion sigue á lo que se sepulta en la nada. Los hombres que mueren dan su adios de despedida al mundo; al paso que los que nacen le saludan para seguir no obstante el mismo rumbo de los que les precedieron. Este es el miserable destino de cuanto ecsiste; nacer y ver la luz; respirar un aura embalsamada, encantarse con la armonia de la naturaleza, y enloquecerse y gozar de cuantos puros placeres produce la edad infantil, en la que ni piensa la mente ni sufre el alma; pero este estado pasa en breve, como una ecsalacion del otoño, y el niño que vió vida, que soñó placeres, que se durmió entre flores, halagado por el blando soplo del aura, despierta y piensa, y vé que la vida no está ecsenta de pesares, que los placeres son mentidos y pasajeros, y que las bellas flores que le encantaron tienen espinas que hieren y destrozán.

Este estado es á la verdad muy

lastimoso porque la felicidad està oculta siempre, y al pasar los años, al envolver el tiempo entre sus alas los rápidos dias de nuestra ecsistencia, nos arranca la tal vez mentida dicha que soñamos cuando no pudimos pensar, cuando no pudimos comprender lo que es el mundo con sus falsos goces y con sus lisongeros oropeles.

En esta situacion en que el hombre, desechas ya sus ilusiones, desencantado de cuanto en ellas soñara, conoce el verdadero estado de su ser, su condicion, su destino, y quizás su eternidad; es ya mas triste vivir, si bien entonces con un desenfreno y con una libertad que viene con la edad y que desaparece con ella, se entrega á goces nuevos, que no pudo experimentar cuando la pureza de su alma le mostraba, al través de un prisma seductor cuanto falaz, la dicha y la ventura.

Esta segunda época de la vida participa en algun tanto de la pureza de la primera edad, y hé aquí la causa porque aun ofrece algunos atractivos esta vida llena de desengaños y de terribles lecciones, que vienen á grabarse en los corazones cuando ya no es posible seguirlas: hé aquí porque el hombre tiene apego à la ecsistencia en esta época en la que mayor lucha egercen las pasiones, en la que son las almas débiles juguetes del capricho de aquellas.

El amor, ese afecto terrible que se apodera de los mortales y que los domina á su antojo, es en esta época mas vehemente y produce sensaciones extraordinarias, que hacen cometer á los hombres locuras propias de la edad de niños que aun recuerdan. En vano fuera querer contrastar esta pasion, cuando se acoge con ansia dentro del pe-

cho, donde se le erije un altar en el cual se sacrifica (á semejanza de los antiguos) á la prenda adorada que en él reside. En vano fuera levantar un dique que contuviera el ímpetu terrible de tan ardiente volcan, sin que la fria razon nos proporcionase los medios de rechazarlo, pintándolo tal como es, despojado de sus seducciones y arterías, rota la venda que ocultára su semblante. Era preciso ser muy filósofo para resistir al amor, sin la seguridad de quedar airoso; y á la verdad que no es la juventud la mas apropiado para filosofar ni para inventar siglogismos con el fin de no dar cabida á una pasion que es su alma, que es la que le proporciona los placeres que disfruta. El amor por consiguiente es la primera pasion de la juventud; y si el niño mostrò solo el deseo de obtener algun obgeto que cautivara su atencion, el jóven dedica todos sus pensamientos al amor, que si bien se apodera de los corazones en todas las edades, es mas violento y mas etervescente en la adolescencia, como lo son entonces las demas sensaciones que hieren el espíritu.

Entremos ahora en la tercera época de la vida; época, en la que el niño y el jóven han desaparecido, y solo es el hombre el que ecsiste; el hombre que piensa, que conoce, pero que á pesar de su conocimiento siente, y por consiguiente experimenta el dominio de las pasiones que lo subyugan, y quemana incienso en sus altares, tributándoles la misma adoracion que el jóven, si bien las considera bajo otro punto de vista diferente del que aquel gozàra.

El hombre que se encuentra en el mundo rodeado de placeres, paga su

tributo á la edad , porque es hijo de sus caprichos y esclavo de sus pasiones ; porque aunque piensa , aunque conoce lo perjudicial que es seguir ciegamente los primeros , y dejarse arrastrar de las segundas , encadenándose servilmente bajo su tiránico yugo , besando tal vez las pesadas cadenas que le atan , sigue el impulso de aquellos , y obedece á estas , del mismo modo que un hijo sumiso obedece los mandatos de su padre . En esta época ofrece ya menos atractivos la existencia , son mas materiales los goces que se experimentan , y el alma , despojada de su pureza , se agita en un inmundo lodazal , como una perla en el fondo de los mares , como el sol entre las nubes que lo ocultan . El mundo que antes era un eterno paraíso , una mansion llena de delicias , en la que los mas puros é inocentes placeres nos halagaban , en la que respirábamos el embalsamado aroma de las flores , mientras nos dormíamos al blando murmullo de la fuente que se deslizaba á nuestro lado , contemplando la armonia de la naturaleza , se presenta despojado de sus falsos esplendores , y nos muestra la dobléz , la envidia , la intriga , todas las viles pasiones que alberga en su seno , mientras que con sumo cuidado nos oculta la virtud , que es de pocos estimada , y que debiera ser el ídolo de los mortales , el alma de toda sociedad ; pues de este modo no sería tanta la corrupcion , ni habria tanto filósofo que difundiese errores , sin conocer quizá los males que á la sociedad entera puede causar la predicacion de una falsa doctrina . Empero el tiempo sigue su curso rápidamente , y la vejez sucede á esta edad , que pudiera llamarse *de la*

*razon* , si no se cometiesen en ella tantas locuras . En esta época , última de la vida del hombre , se arrastra ya la existencia como una carga que agobia , pero que es sin embargo muy dulce de dejar : en esta época es en la que tal vez se admiran mas las obras del Creador , porque despojados de los goces materiales , es necesario entregarse á los ilusorios ; y la armonia de la naturaleza , la grandiosidad de esta inmensa máquina llamada globo , presentan al desgraciado anciano placeres , que el se apresura á gozar , porque aun recuerda otra edad mas pura , en la que no tenia pasado , en la que todo era porvenir , y en la cual se estasiaba con el canto de las aves , con la fragancia de las flores , y con la frescura del aura . Este porvenir no le agitaba , porque jamas pensó en él , porque su alma de niño solo anhelaba saciar sus locos deseos : mas ahora desencantado de aquellos sueños de oro , de aquellas mágicas ilusiones , si alguna vez recuerda lo pasado , es porque le trae á la memoria lo presente ; es porque ahora , como entonces , su alma se alimenta de ilusiones . Estas tambien desaparecen con los achaques , y al dar el *adios* de despedida al mundo , si bien se halla cansado de la vida , la abandona con dolor , como se abandona á una madre .—Los hombres por tanto , nacen , crecen y mueren , sin recordar lo pasado , sin pensar en el porvenir ; y cruzan la azarosa vida como un peregrino que hiere con su bordon la arena del desierto , dejando solo una leve huella de sus pisadas .

MANUEL CAÑETE.



**L**a calle del Zacatin,  
 La plaza de Viva-rambla  
 Pueblan mil gentes alegres  
 Con júbilo y algazara:  
 El bencerrage Alvanés  
 Que por Amira se abraza,  
 Vencedor de los cristianos  
 Entra triunfante en Granada.  
 Para celebrar el Rey  
 La victoria de sus armas,  
 Públicas fiestas previene,  
 Torneos, toros y cañas:  
 Cien galanes paladines,  
 Azarques, Zegrís, Andallas,  
 Bencerrages y Gomeles  
 Vistiendo lucientes galas,  
 Ansiosos del vencimiento  
 Al palenque se abalanzan.  
 Cada cual viste el color  
 Que mas agrada à su dama;  
 Y en jubones y marlotas,  
 En almaizares y adargas,  
 Luce entre hermosos rubíes,  
 El oro fino de Arabia.  
 Amira asistió á la fiesta  
 Llena de alegría el alma,  
 Y en un balcon se colocó  
 Con la hermosa Lindaraja.  
 El ancho circo se llena:  
 Impaciente el pueblo aguarda  
 Que la señal convenida  
 Haga la hermosa sultana.  
 Hace la señal la Reyna,  
 Y el añafíl sin tardanza  
 Con armoniosos clamores  
 A los lidiadores llama.—  
 Sobre un alazan tostado  
 Que el freno impaciente tasca,  
 Muza el primero á la arena  
 Con bravo arrojo se lanza:  
 Lleva un bonete celeste  
 Con tres plumas encarnadas,

Y marlota verde oscura  
 De su perdida esperanza.  
 Pintada se vé la luna  
 En el campo de su adarga,  
 Con un letrero que dice  
*Aun mas hermosa es mi dama.*  
 Detrás llegaba galano  
 El bencerrage Abenhámar  
 Vencedor siempre en las justas  
 Y muy zambreiro en la Alhambra;  
 En pos de ellos Aliatar,  
 Záide y Arbolan y Omára;  
 Ismaél, Velid, Zeir,  
 Y el fiero hermano de Arlaja  
 Que el estandarte de Ali  
 Triunfador en las batallas  
 Con asombro del cristiano  
 Asáz guerrero levanta,  
 Y otros cuarenta que à pié  
 Esperan la lid insana,  
 Colocándose en sus puestos  
 Llenos de amor y esperanzas.  
 Suena el atabal de nuevo,  
 El rumor del pueblo para,  
 Y todos fijan la vista  
 Del toril hácia la entrada.—  
 Y el toro sale por fin  
 Con grave mesura y calma,  
 Y despues que á todos mira,  
 Parte en derechura á Andalla.  
 Descuidado estaba el moro,  
 Y un grito lanzó Zoraida  
 Viendo por tierra á su amante  
 Que en roja sangre le baña.  
 A su socorro acudió,  
 Puesta en el ristre la lanza,  
 Muza el valiente, y tambien  
 Mide el suelo con su espalda.  
 Arbolan y Zaide llegan,  
 Pero la fiera indignada  
 Antes que el rejon le planten,  
 Entrambos caballos mata:

Súbito terror á todos  
 Pecho y sentidos embarga,  
 Y huyen del bruto feroz  
 Que en medio al circo se emplaza.  
 Nadie á la muerte se arresta,  
 Todos temen, se reparan,  
 Y no puede proseguir  
 La fiesta ya comenzada.—  
 Alvanés que en un balcon  
 Vió cobardía tamaña,  
 Montando su yegua pia  
 Se precipita á la plaza.  
 Iba tan gallardo el moro,  
 Que cualquier que le mirara  
 Por evitar su peligro  
 Diera una joya preciada.  
 Al verle pasar las moras  
 Vierten pebeteros de ambar,  
 Y á su profeta en secreto  
 El vencimiento demandan.  
 Lleva una marlota verde  
 Con rapacejos de plata,  
 Y un encarnado bonete  
 Guarnecido de esmeraldas:  
 Un almaizar amarillo  
 Con listas de fina grana,  
 Y de la adarga en el campo  
 Un volcan brotando llamas,  
 Y escritas con letras de oro  
 Se leen estas palabras:  
*Mas voraz es el incendio*  
*En que mi pecho se abrasa.*  
 El toro des que le vió  
 Escarba la tierra y brama,  
 Y partiendo el uno al otro  
 Frente á la Reina se paran.  
 Volvió Amira la cabeza,  
 Y la color sonrosada  
 De sus hermosas megillas  
 En pálido horror se cambia.  
 Entonces el moro inquieto  
 A la altiva fiera llama,  
 Y con ademan brioso  
 Quiebra en su nuca la lanza:

Cayó á sus pies moribunda;  
 Sin bajarse de la jaca  
 Cogió el liston Albanés  
 Que el cuello le engalanara;  
 Llega al balcon presuroso,  
 Y ofreciéndole á su amada  
*Guarda esta prenda, le dice,*  
*En pago de tu constancia.*  
 Confusas aclamaciones  
 De la gente alborozada  
 Pueblan los vientos del circo,  
 Y vencedor le proclaman.

ANTONIO MENENDEZ.



ARQUEOLOGIA.

### LOS FUNERALES.

**L**os antiguos tenían gran cuidado de cumplir sus últimos deberes con los muertos. Consideraban como efecto de una maldición terrible que sus cuerpos, ó los de las personas á quienes apreciaban, quedasen espuestos á ser destrozados por los animales, ó á corromperse insepultos, é infestar á los vivos. Les servía de consuelo al morir, saber que habían de descansar en los sepulcros de sus padres. Entre los hebreos las personas notables eran embalsamadas, y despues de espuestas algunos dias en un lecho perfumado, al rededor del cual se encendía una hoguera, se les conducía con grande aparato al sepulcro, abierto por lo general en alguna roca. Habia mugeres que tenían por oficio llorar en estas ocasiones, y sus gemidos se acompañaban con flautas. Se componían cánticos en el fallecimiento de personas ilustres. Todos los que habian tenido parte en las ceremonias funerales quedaban im-

puros, y por lo tanto los sacerdotes no podian asistir á ellas, esceptuado el caso de ser el difunto un pariente.

En Egipto embalsamaban los muertos; y como para ello se necesitaba abrir y disecar los cadáveres, por lo que esta operacion tenia de inhumano y violento, huían los disecadores, y eran perseguidos á pedradas por los circunstantes. Los encargados de embalsamar el cuerpo lo llenaban de mirto, de canela, y de otros simples aromáticos, ligándolo despues con bendas muy finas de lino, que pegaban sobre las carnes con una especie de goma muy clara, preparada tambien con esquisitos perfumes. Colocábase el cuerpo en una caja abierta, hecha á medida; pero antes de ponerla en el sepulcro, había que llenar muchas formalidades. A la inmediacion de cada una de las ciudades de Egipto ecsistía un recinto destinado para sepultura comun. El de Ménfis fué entre todos aquellos cementerios el mas célebre; entre él y la ciudad había un lago, en cuya orilla depositaban el cadáver. Reuníanse los jueces, llamados *de los muertos*, ecsaminaban la vida del difunto, y no daban su permiso para que pasase el lago, si la conducta de aquel no se consideraba digna de tal honor. Se escluía sin apelacion, cualquiera que hubiese sido la condicion del difunto; y los cadáveres de los reyes, lo mismo que los de los particulares, se sometian á esta ley. Cuando la sentencia de los jueces no era favorable, el barquero no podia pasar los cadáveres. Los cuerpos de los que habian muerto sin pagar sus deudas se entregaban á los acreedores, y de este modo solia conseguirse hacer efectivos los pagos, porque los parientes del difunto lo rescataban pagando por él.

Usaban en Grecia muchas de las ceremonias de los hebreos y de los egipcios; pero no embalsamaban los cadáveres, sino en cuanto pudieran conservarse hasta el dia de los funerales, que era el octavo despues del fallecimiento. Ademas los griegos quemaban sus muertos; pero no dejaban de poner, como los egipcios, una moneda en la boca del difunto, para pagar al barquero.

En los primitivos tiempos de Roma se daba sepultura á los cadáveres, y en lo mas floreciente de la República prevaleció el uso de quemarlos, teniendo particular cuidado de que llevasen en uno de sus dedos un anillo, aunque el difunto, por su condicion, no lo hubiese llevado en vida.

Construian una pira con leña muy seca, en forma de altar ó de torre. Al rededor solian poner algunos cipreses. Colocaban encima de la pira el cuerpo, sobre el cual hacian aspersiones con líquidos balsámicos; y los parientes mas próximos prendian fuego á la pira, volviendo el rostro. Tambien arrojaban á ella los mas ricos vestidos y las mejores armas del difunto, y entretanto que el cuerpo ardía, se egecutaban escenas de gladiadores. Cuando habia sido consumido, se apagaba la hoguera, con vino ó con agua, y los parientes recogian las reliquias en una urna en que ponían tambien aromas. En seguida un sacerdote hacia tres aspersiones con agua pura sobre los circunstantes, que se despedian diciendo, por fórmula general: *adios para siempre. Todos te seguiremos en el órden determinado por la naturaleza.* Entonces una de las mugeres encargadas de llorar, decía: *podeis marcharos*; y todos se retiraban.

RECUERDOS DE SEVILLA.

# AL GUADALQUIVIR.

**E**ra una tarde del florido Marzo,  
El cielo estaba azul, y ni un celage  
Su hermosura empañaba peregrina,  
Ni su velo purísimo de encage.

Dó quier tendiese mi mirada opaca,  
Dó quier gala y belleza solo vía;  
Y un canasto de flores semejaban  
Los campos del placer de Andalucía.

Todo hermoso mostrábase y risueño  
En la vasta y espléndida natura,  
Solo mi pecho opreso se agitaba,  
Solo lloraba yo mi desventura.

Lloraba, sí, que la desgracia á veces  
Se ensaña con el hombre, y ni la muerte  
Es bastante á borrar el sello horrible  
Con que los marca sin piedad la suerte.

Lloraba porque el llanto es un consuelo,  
Un don supremo del Señor divino,  
Un alivio á las penas de este mundo  
Y á los fieros rigores del destino.

Y sin rumbo ni senda, triste, incierto,  
Vagaba solo por la orilla hermosa  
Del Bétis cristalino, contemplando  
Su márgen florecida y deliciosa.

Allí sentado al pié de una morera  
Ví alejarse la luz con veloz paso,  
Quedar la tierra envuelta en las tinieblas,  
Y á la luna mostrar su rayo escaso.

Miré en las sombras parecer las nubes  
Con caprichosas tintas adornadas,  
Y el crepúsculo hermoso de la tarde  
Arrojando al oeste llamaradas.

Y ví el sol en celages de amaranto  
Mostrar su frente de diamante y grana,  
Seguido de una brisa que apacible  
Vino mi sien á refrescar ufana.

Mas en este espectáculo sublime  
Donde todo animado parecía,  
Yo solo inmóvil, pesaroso, triste,

Arrastraba mi vida en la agonía.—

¡Oh Bétis, que mis lágrimas bebiste,  
Si el eco de mis voces te llevaste,  
Y humano de mi afán te condoliste  
Cuando mi acerbo llanto contemplaste;

Si en mi penar doliente, en mi tormento,  
Tu imagen me aliviaba placentera,  
Dígnate agora recibir mis voces  
Y mi canción ¡oh Bétis! lastimera:

Dígnate, sí, y en premio á los desvelos.  
Con que en cantarte plácido me afano,  
Concede bondadoso á un infelice  
Contemplar tu cristal puro y lozano.

Este solo es mi anhelo: ver tu frente  
De olorosa espadaña coronada;  
Bendecirte una vez, y morir luego  
En tu márgen risueña y encantada.

MANUEL CAÑETE.

## DE LOS ANTIGUOS POETAS CASTELLANOS.

### ARTICULO SESTO.

**El** *Libro de Palacio* de Pero Lopez de Ayala, del que nos hemos ocupado en el anterior artículo, no fué sin duda conocido de Bonterwek, pues que no lo menciona; aunque sí de Sismondi, quien hace de su vida y escritos relacion bastante circunstanciada. Pero ni uno ni otro tuvieron sin duda noticia de la *Crónica del Conde Fernan Gonzalez*, escrita en el mismo verso que hemos encontrado ya en todos los poetas de aquellos siglos, y al que pudiéramos llamar alejandrino sino fuera porque quizá dos de ellos no tienen igual número de sílabas. Este libro está inedito, y el manuscrito original se conserva en la Biblioteca del Escorial, con el códice de las poesías del Rabí D. Santo de Carrion. Los au-

tores de aquella época remota sin duda se cuidaban harto menos que los de la presente de su fama póstuma; así es que se ignora quien fué el de esta antiquísima obra, cuya fecha tambien es desconocida; si bien de su language se colige que fué anterior al *Rimado de Palacio*.

Esta historia comienza desde la invasion de los godos y alcanza hasta la guerra del Conde con D. García de Navarra hacia la mitad, ó poco mas, del siglo X. Sin embargo, ni principia desde luego por el primer rey godo, ni se sujeta de tal suerte al orden cronológico que no deje alguna vez en blanco algunos de aquellos, como por ejemplo á Ervigio y á Witiza.

Pondremos algunas muestras de es-

ta versificación, en la que por cierto no se hallará nada de nuevo: ella y el lenguaje tienen puntos notables de semejanza con el poema del Cid; pero

el orden de los consonantes nos indica que no llega mas allá del de Alejandro y de los de Gonzalo de Berceo.

Cuando los reyes godos de este mundo pasaron  
Fuéronse á los cielos, gran reyno heredaron.  
Alzaron luego rey los pueblos que quedaron  
Como dice la escriptura, Don Çidus le llamaron.  
Cuando reynò Çidus un buen guerreador,  
Era San Eugenio de españoles pastor,  
En Toledo moraba este santo ome confesor.  
Isidro en Sevylla arçobispo é Señor.  
Fynose el rey Çidus un natural Señor  
Aspaña é Afryca ovo en su valor.  
Dióles pastor muy vueno luego el cryador  
Rey vanva vino luego que fué tal ó mejor.

Los eruditos traductores de Bouterwek, de donde sacamos estas noticias, deducen fundadamente que D. Çidus era Cindasvinto; puesto que en efecto existían en su tiempo los Santor Arzobispos Eugenio é Isidoro, y que fué alzado rey por los pueblos, segun esplicitamente se manifiesta en los versos que hemos citado.

Las únicas noticias que existían de esta curiosa historia eran las que habían dado Argote de Molina y Sandoval: en uno y otro se leían escasí-

simas muestras, refiriéndose á copias que se hallaban en su poder. D. Tomas Sanchez, cuya obra quedó incompleta, es muy probable que la hubiese dado á luz, asi como algunas otras de la misma especie, á las que el ilustrado D. Manuel José Quintana, llama, con sobrada razon, *venerables antiguallas, que el poeta, sin gastar tiempo en estudiarlas, saluda con respeto, como á la cuna de su lengua y de su arte.*

FRANCISCO FLORES Y ARENAS.

---

### A UN RAMO DE FLORES.

---

Flores que son hoy pompa y alegría,  
Renaciendo al fulgor de la mañana,  
Por la tarde serán sombra liviana  
Que oculta el manto de la noche umbría.

Los matices que al aura desafia,  
Que son de oro, de nieve y pura graná,  
Palidiecieron al mirar ufana  
La luz del sol morirse con el día.

Las flores dando aromas madrugaron,  
 Y para envegecer tambien nacieron;  
 Cuna y sepulcro en su boton hallaron:  
 Los mortales así tambien vivieron;  
 Y si el Oriente con placer miraron,  
 Para llegar á Ocaso amanecieron.

MANUEL MAZA Y PEDRUECA.

## ENRIQUE Y ELISA.

NOVELA ORIGINAL.

### I.

**M**r. Leblond, grande propietario frances, vivía en una de sus quintas vecina de otra que habitaba su amigo Mr. Didier, tambien hombre rico de aquel pais. El primero tuvo una hija á la que puso por nombre Elisa, y fué educada en aquella posesion con el mayor esmero, habiendo demostrado desde su infancia una hermosura sin límites, y una ciega obediencia á los preceptos de su padre: el segundo tambien debió á la suerte tener un hijo llamado Enrique, que servia de modelo á los jóvenes de su edad, y de admiracion á cuantos le trataban.

Desde luego, tanto un padre como otro, concibieron el proyecto del enlace de estos jóvenes, por lo que concluidas sus horas de estudio los hacian reunir, y no perdonaban medio de encender en sus tiernos corazones aquella juvenil amistad que con el tiempo viene á convertirse en un verdadero amor.

Efectivamente así sucedió llegada la primavera de sus dias; mas por desgracia un caso imprevisto vino á tur-

bar esta recíproca felicidad. Mr. Didier tuvo que dejar su quinta, y trasladarse á Paris, donde la muerte de un tío le proporcionaba el aumento de su crecido capital por medio de una pingüe herencia. Llegó al término de su viage, y fué visitado por todos sus antiguos amigos, entre los que habia algunos acérrimos jugadores de la bolsa: estos le incitaron á entrar en una especulacion de la que se prometian los mas felices resultados; y Mr. Didier, llevado del deseo de aumentar sus riquezas, invirtió gran parte de la herencia en aquella operacion que le pintaron tan ventajosa. Para no cansar al lector no me detendré en referir los pormenores de la desgracia que aconteció al padre de Enrique: bastará decirle que en menos de tres meses no solo habia perdido la exorbitante cantidad que heredó, sino tambien cuanto poseía; de sus resultas cayó gravemente enfermo, y á los pocos dias murió en uno de los hospitales de Paris, abandonado de todos sus amigos.

Poco tiempo habia pasado cuando anunciaron á Enrique que un caballero parisien, conductor de una carta de su padre, deseaba verle. Se presenta el desconocido, y le entrega la siguiente. »Hijo mio: estoy al borde del sepulcro, voy á morir, y no es esta idea la que mas acibara mis últimos mo-

mentos; si el estado en que te dejas. Todo lo he perdido en el juego de la bolsa. El dador de esta, Mr. de Tracy, uno de los mayores capitalistas de Paris, es el dueño de la quinta en que vives. Compadece á tu desgraciado padre, y no le maldigas. Adios, recibe mi bendicion.» Un silencio profundo se siguió á la lectura de este tan fatal billete, quedando Enrique sumido en el mayor dolor. Por fin Mr. de Tracy rompió el silencio, y con mil rodeos manifestó al afligido jóven que su infeliz padre habia muerto el día ántes de su salida de Paris.

Ya puede juzgar el lector cual quedaria el pobre Enrique: en aquel momento corre á la quinta de Elisa, y entrega á Mr. Leblond la carta que habia regado con sus lágrimas, y con aquel acento que el dolor inspira en nuestros corazones, exclamó; »mi padre ha muerto, ha muerto, y yo quedo huérfano, y sin medios para subsistir.» Leyó aquel el billete, y en sus ojos se advertían los efectos del dolor, la sorpresa, y la premeditacion. Pasados aquellos primeros momentos, Mr. Leblond dió algunos consuelos al triste amante, y mezcló tambien entre ellos el de ser esposo de Elisa, si por sus acciones se hacia acreedor á ella.

## II.

La Francia era feliz. Un hombre emprendedor y valiente estaba á su cabeza, y de su órden ondeaban en los altos Pirineos las Agilas Imperiales; el grande Napoleon acercaba hácia aquella frontera un numeroso y escogido ejército, para invadir de grado ó fuerza el pais privilegiado por la naturaleza. España iba á ser teatro de

grandes sucesos, y de una guerra desoladora.

Nuestro Enrique, llevado del ardiente deseo de adquirir laureles para despues ponerlos á los pies de su Elisa, corrió á alistarse bajo aquellas banderas, en las que esperaba encontrar ó una muerte honrosa, ó unos ascensos sin los que no podia poseer su mano.

Llegó al fin el tristísimo dia de la separacion de los amantes; Elisa con los ojos bañados en lágrimas le vió salir de su quinta; y un profundo suspiro acompañado de una tierna mirada, fué su último adios.

Cada vez que el mas pequeño montecillo proporcionaba á Enrique divisar el sitio donde quedaba su querida, volvía sus húmedos ojos, ansiando ver á la que tanto amaba, á aquella muger por quien iba á sufrir las penalidades de una campaña esponiendo su vida, para despues consagrársela toda llena de amor y felicidad.

Pocos dias tardó en llegar á Bayona donde á la sazón se hallaba el Estado mayor del ejército; y habiéndose presentado al General en Gefé, y referido su desgraciada historia, declarándose su protector le hizo alferrez de uno de los escuadrones que se estaban formando, y fué tanta su generosidad, que concibiendo las mas lisongeras esperanzas de su buen porte y arrogante presencia, le hizo quedar á su lado. Empezaron las operaciones, y nuestro héroe admiró á todo el ejército por su valor, talento y hombría de bien. Dejemos pues á éste que siga la suerte de los franceses en España, y volvamos á su querida Elisa.

Cada vez que Febo apagaba sus ra-

yos entre las mas lejanas olas del espumoso mar, habia esta añadido sin fin de gracias á las muchas que ya poseía: su padre admiraba tanta hermosura, y demostraba grande placer en que aquella pasión, que un dia tuvo à Enrique, la ausencia y sus medidas la fuesen disminuyendo. Otro proyecto habia concebido su avaricia. Mr. de Tracy continuaba en la quinta que comprò al padre de Enrique, y no perdonaba medio de agradar á Elisa, é intimar al mismo tiempo con su familia. Esto halagaba los proyectos de Mr. Leblond; pues ademas de que aquel era uno de los mayores capitalistas de Paris, contaba tambien con el favor de Bonaparte, y se prometia en este enlace las mayores ventajas.

Mr. de Tracy anunció á sus amigos que el mismo Emperador iba à pasar una revista à su ejército en las orillas del Sena, y que tendria grande placer en que siguiesen su ejemplo, dejando la soledad del campo por el bullicio y diversiones de la corte. Accedieron gustosos Mr. Leblond y Elisa, y á pocos dias emprendieron su marcha estos tres personages.

Llegados à aquella hermosa ciudad, tomaron padre é hija lujosa habitacion en una de sus principales calles. El ruido de los coches, el continuo pasar de innumerables personas de todos secos; el teatro, los magníficos pa-

seos, y los opulentos convites à que era conducida Elisa por su poderoso amante, la tenian tan enagenada y fuera de sí, que insensiblemente olvidaba al pobre y fiel Enrique.

El astro vivificador derrama sus luces el dia que se destina para la revista; y Elisa, acompañada de su padre y Mr. de Tracy, asiste á ella en un ligero landó tirado por blancos caballos. Los ojos del enamorado parisien la seguian hasta perderla de vista; y la linda forastera promovia la admiracion en los jóvenes, y la envidia en la mayor parte de las de su sexo. Iba adornada con un vestido color de púrpura, su cabeza peinada á la romana, su cuello blanco y descubierto desafiaba á la nieve, un vivo sonrosado coloraba sus megillas, y sus ojos exhalaban amor.

(Se concluirá en el número próximo.)

---

Correcciones en el número 18.—En el fólío 213, columna 1<sup>a</sup>, línea 9 de abajo, donde dice *ansió*, léase *ansio*; en el fólío 214, columna 1<sup>a</sup>, línea 14 de arriba, donde dice *asentarán*, léase *asentáran*; en la misma columna, línea 14 de abajo, donde dice *horrosa*, léase *horrorosa*; en el fólío 215, columna 2<sup>a</sup>, línea 18 de arriba, donde dice *y ellos abriendo grietas profundas*, léase *y ellos grietas profundas* &c.

---

INDICE.—*Advertencia.*—*El hombre.*—*Romance morisco.*—*Arqueología; los funerales.*—*Recuerdos de Sevilla; al Guadalquivir; poesia.*—*De los antiguos poetas castellanos; artículo sexto.*—*A un ramo de flores; soneto.*—*Enrique y Elisa; novela original.*

Impresor y Editor, F. ALVAREZ.

IMPRESA DE LA AUREOLA,  
CALLE DE SAN PEDRO, NUMERO 116.